

## *Notas e Comentários*

# Técnica y moral – desarrollo desigual y combinado\*

*Christian Ferrer* \*\*

### Uno

A fines de la década del 60, durante mi infancia, dos acontecimientos, de esos que suelen ser llamados ‘históricos’, se grabaron a fuego en la imaginación técnica de mi generación. En 1967 a un ‘hombre’ se le transplantó, por primera vez, un corazón de otro ser humano, el de una mujer. Dos años más tarde, el ‘hombre’ llegó a la luna. Además, en aquellos años, la simple lectura de diarios nos informaba que las pruebas atómicas en el atolón de Mururoa ya llevaban años realizándose, y que la creciente abundancia de mamutescas computadoras en películas, historietas, y en series y noticieros de televisión ya preanunciaban la importancia que ellas asumirían dos décadas después. Los dos acontecimientos no suponen una confluencia, sino un cruce de épocas. Contra lo que muchos hubieran aseverado entonces, la huella de una bota de astronauta en la Luna y el enroque de bombeadores orgánicos de sangre señalan el ocaso de un tipo de imaginación motivada por la conquista del espacio, y el lento amanecer de nuevos y radicales vínculos entre cuerpo, ética y tecnología en la imaginación popular. También la época del terror atómico amenguaría en el mismo momento en que la computadora se metamorfosearía en centro de gravedad cotidiano: en un altarcillo doméstico. El fin de la Guerra Fría desactivó la competencia entre potencias destructivas tanto

---

\* Ensaio apresentado e aprovado para publicação em maio de 2002.

\*\* Sociólogo e ensaísta, da Faculdade de Ciências Sociais da Universidade de Buenos Aires. Entre livros recentemente publicados cita-se: *El lenguaje libertario. Antología de l pensamiento anarquista contemporaneo*, Editorial Altamira, B. Aires.

como lentificó, casi hasta su extinción, a la necesidad política de adelantarse, un imperio al otro, en la ‘carrera’ espacial. Hoy en día, tanto las bodegas que estacionan aquellos misiles como la luna están muy lejos, pero las intervenciones técnicas sobre un cuerpo y las pantallas ‘personales’, ineludiblemente cercanos. Se diría que tan enormes parecen las distancias entre el espacio exterior y el interior del cuerpo como lo son entre el universo y un micromundo. Cabe destacar que el impulso que conducía a la investigación y la producción de arsenales atómicos y de cohetes espaciales no partía tanto de la ‘libertad de cátedra’ o de la necesidad demográfica de colonizar mundos remotos, sino de ideas encarnadas en Estados poderosos. Aquellas eran ideologías que movilizaban la imaginación tecnológica mundial a favor o en contra de una de las dos mitades en que había sido rebanado el planeta: el mundo ‘libre’ y el mundo ‘igualitario’.

Las innovaciones tecnológicas espectaculares suelen ser presentadas en sociedad a la manera en que los antiguos vendedores de electrodomésticos lo hacían en sus visitas a domicilio: como bienes benignos, progresistas y facilitadores de comodidad personal. Es entendible: en la época moderna la clave ideológica de comprensión de la existencia y uso de las tecnologías es descifrada por medio de palabras tales como ‘progreso’ y ‘confort’, una de ellas slogan de la filosofía de la historia que se consolidó y volvió dominante en el siglo XIX; y la otra, retórica circulante fruto de la experiencia del bienestar individual en esos estuches llamados ‘hogares’ burgueses. Los transplantes de órganos o las cirugías estéticas, o bien el trabajo en computadoras o el acceso a Internet, a diferencia de emprendimientos tan costosos y dirigidos estatalmente como la fabricación de bombas de hidrógeno o de cápsulas Apolo (casi abstractos, o bien asequibles bajo la forma de imagen) son experimentados como necesidades individuales, y en carne propia. Son dos signos de la época. Dicho de otro modo: el viaje a la luna y la amenaza de guerra atómica total fueron los frutos acerados de la guerra fría, del gigantismo social y de la unicidad del proyecto político-colectivo humano, pero el actual ‘viaje’ estético-tecnológico resulta un “sueño” tan individual como sintomáticamente banal, aunque el malestar que pretende apaciguar nada tenga de superficial. Pues bien, en apariencia, la meditación ética sobre la cuestión sólo tendría que acoplar sus presupuestos y argumentos a estos beneficios disponibles para toda la humanidad.

## **Dos**

Piénsese en el siguiente caso. Los trasplantes de órganos eran, hasta hace un tiempo, complicados en ejecución, escasos en número, y demasiadas veces fatales en sus resultados. Suponían una hazaña y una tarea de pioneros a la vez. Quienes ofrecían sus cuerpos a la ciencia ingresaban al quirófano esperanzados pero inevitablemente conscientes de que su destino no era desemejante al de las ratas de laboratorio y al de los prototipos industriales. Todos se sometían al rango de lo posible, o al designio del destino. Fue a comienzos de los años ochenta cuando nuevas generaciones de inmunodepresores permitieron alcanzar un grado mucho mayor de aceptación corporal del nuevo órgano injertado, o bien un nivel mínimo de rechazo del mismo. Se había superado el problema de la ‘amortiguación’. Desde entonces, crece la cantidad de intervenciones quirúrgicas, aumenta el prestigio de los cirujanos que se especializan en este tipo de operaciones, se abre el abanico de injertos a todo tipo de órganos, la investigación científica sobre el tema humea a toda velocidad, y la numerosa y habitual cantidad de casos exitosos las relega, en tanto ‘noticia’, a las páginas interiores del diario. Tal parece que el Doctor Barnard, quien en 1967 había liderado el equipo de médicos que transplantó el primer corazón, ya puede ser integrado a las páginas que rememoran las epopeyas de la ciencia.

Pero la oferta de donantes sigue siendo insuficiente en relación a la demanda de órganos. La mayoría de los seres humanos que pueblan el mundo son enterrados todavía tal cual llegaron al mundo: completos. ‘Mediante el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas a confundirte con la tierra de que fuiste formado: puesto que polvo eres, y a ser polvo volverás’. No son pocas las tradiciones religiosas que interpretan este pasaje bíblico de modo literal, sosteniendo que nadie tiene derecho a alterar, ni en vida ni en la muerte, el cuerpo con que Dios lo trajo al mundo. Algunas son tan estrictas que un mero tatuaje impide el ascenso al reino de los cielos. Así entendemos porque ciertos judíos ortodoxos se ocupan minuciosa y piadosamente de recoger hasta el último de los trozos de los cuerpos destrozados por los atentados en Israel. Las tradiciones atávicas y los temores encarnados acerca de la ablación de partes de un todo corporal explican el resto del bajo porcentaje de donaciones. Las listas de espera de órganos se transforman en el equivalente del pasillo de la muerte en las cárceles

norteamericanas. La coexistencia de medios técnicos posibilitadores de la extensión de la vida junto a la escasez de órganos disponibles acentúa una paradoja. La asunción de la misma, ¿conduce a los hombres a aceptar la condición de época con resignación y entereza? No necesariamente. Se sabe que personas pudientes del primer mundo anotados en listas de espera compran órganos a indigentes del tercer mundo, de la India o de México, a fin de saltarse el escalafón. Como las leyes sobre transplantes en los Estados Unidos son duras y rigurosas, muchos ricos viajan a los países de origen del ‘donante’ con su propio equipo médico a fin de evitar las molestas consecuencias de un acto ilegal y la precariedad sanitaria o profesional del ‘subdesarrollo’. Dada la posibilidad técnica de resolver un asunto de vida o muerte, la ética se vuelve una variante de ajuste. Una variante de ajuste *económica*. Estas prácticas de las que poco se sabe aún pero a las que se sospechan extendidas quizás sean la causa de la creciente circulación de leyendas sobre el robo de órganos a personas, particularmente niños, del tercer mundo. No es un detalle menor que las personas en listas de espera de donantes, o bien sus familiares y ‘personas queridas’, probablemente *esperen y deseen* la noticia de la muerte de otro ser humano. Es entendible e inevitable que esos sentimientos afloren. Como se dice en estos casos: *es humano*. También lo es errar.

### Tres

Hasta comienzos de la época moderna la palabra ‘progreso’ no tenía el mismo sentido que le concedemos hoy en día. La experiencia del tiempo no estaba asociada a un futuro completamente abierto ni era ponderada a través de las innovaciones que la ciencia y la técnica implantarían más adelante en la vida social y económica de Occidente. El progreso era un juicio de valor no naturalizado aún, y el tiempo sagrado, el ciclo de la eternidad, era aún el criterio de valor con que la mayoría juzgaba a las obras humanas tanto como al uso que se daba a las horas del día. Tampoco la palabra ‘comfort’ estaba asociada a los alivios tecnológicos o mercantiles que permiten hacer frente al ‘tedio vital’, a las incomodidades domésticas o al malestar urbano provocado por las inclemencias económicas y urbanas que se descargan sobre cada trabajador. ‘Confortar’ suponía estar pertrechado de ‘tecnologías’ espirituales capaces de animar o de ayudar a fortalecer a personas

agobiadas moralmente o inmensamente dañadas por una tragedia. La esencia de la confortación no residía en nada técnico: no podía ser sustituida por comodidades, entretenimientos, juguetes industriales o saberes científicos.

Una rasgo central que diferencia al siglo XX del anterior es el desfase entre los avances de la técnica y los desarrollos de la reflexión ética. La evolución de la tecnología es hoy mucho más rápida que las obras y las novedades generadas por el arte, la moral y la política. Se ha invertido la ecuación del siglo XIX. La máquina de vapor maravilló a sus contemporáneos, el tren era velocísimo en relación a la celeridad metabólica acostumbrada, el telégrafo y el teléfono encastraron instantáneamente a seres muy distantes entre sí, el dirigible ‘zeppelin’ fue considerado poco menos que una deidad moderna que descendía sobre los mortales. Sin embargo, las innovaciones estéticas y políticas de entonces eran mucho más veloces aún. Basta recordar que entre 1830 y 1905 el realismo, el impresionismo, el puntillismo, el simbolismo y el fauvismo, renovaron rauda y sucesivamente a las perspectivas con que la visión burguesa se representó la ‘realidad’, para tomar tan solo a las artes pictóricas. Piénsese aún: en el siglo XIX emergen y se despliegan por Occidente el liberalismo, el sindicalismo, el antiesclavismo, el socialismo utópico, el marxismo, la socialdemocracia, el nacionalismo, el anarquismo y el sufragismo feminista. A comienzos del siglo XXI todavía nos nutrimos de los inventos políticos del siglo XIX. Pero en el siglo XX los saberes científicos y las innovaciones tecnológicas avanzaron a un paso mucho más acelerado, y la política, la ética e incluso el arte apenas pudieron seguir sus huellas. Demasiadas veces, la desorientación fue su lazarillo. Y esto supone un drama para las relaciones entre técnica y moral. La ideología del progreso (aún cuestionada como lo ha sido luego de Hiroshima y de Chernobyl), y la experiencia del confort doméstico y urbano siguen siendo los ideogramas con que tamizamos nuestra comprensión de la tecnología, tanto en el espacio hogareño como en el laboral, tanto en lo que se refiere a nuestras adquisiciones en las actuales tiendas de ultramarinos como a los alimentos genéticamente modificados que tomamos de las góndolas del supermercado. Etcétera. Recurriendo a una vieja idea de Trotsky, cabría decir que el mundo experimenta actualmente una agudización del desarrollo desigual y combinado entre moral y técnica.

## Cuatro

Un delta de causas explica ese desfasaje, pero quisiera enfatizar que la condición actual del cuerpo es uno de los centros de gravedad que más lo estimula. La pregunta por los valores deseables en una sociedad debe comenzar por analizar en qué medida tratamos al cuerpo como un objeto, como ‘algo’ sobre lo cual se interviene técnicamente. Numerosos autores, de Schopenhauer a Marx, de Nietzsche a Simmel, de Freud a Simone de Beauvoir, insistieron, cada uno a su manera, en que la experiencia sensible del cuerpo sería la plataforma desde donde se reordenarían las creencias y expectativas de los hombres del futuro. Desvanecido o deslegitimado el orden sagrado que dio sentido a las animaciones y sufrimientos de los hombres durante siglos, e incluso, más adelante, pérdida la centralidad de que disfrutaron las filosofías de la historia y de la conciencia hasta hace poco tiempo, el sentido del sufrimiento corporal y de la desdicha subjetiva quedó en suspenso, o mejor dicho, buscó un nuevo sostén que ya no estaría aferrado primordialmente a la construcción o indagación de una ‘interioridad’. La obsesión por la belleza, el cuerpo saludable, por la postergación del envejecimiento, e incluso la aspiración fantasiosa a mantener a raya a la muerte indefinidamente, responde a causas hondísimas. La sensación de futuro incierto, las intensas presiones económicas y culturales, la desprotección de millones de personas una vez que se han desvanecido las grandes doctrinas ideológicas modernas, se descargaron imperceptiblemente sobre el cuerpo, antes tratado como “fuerza de trabajo” y ahora obligado a dar pruebas continuas de su performatividad económica y emocional: el cuerpo pasó a ser valorado como “fuerza de apariencia”. De allí que la metamorfosis de la cirugía reconstructiva en intervención estética exponga el desvío que va de un saber asociado al accidente laboral o a la herida de guerra hacia la sofisticación cosmética, así como la evolución que llevó del transplante de corazón y el implante de un marcapasos al injerto de siliconas y el recetario de antidepressivos revele la mutación de la necesidad vital en ansias de performatividad social. Si, por un lado, la articulación entre belleza y tecnología quirúrgica evidencia los temores actuales a la carne corruptible y resulta un índice analizador del desarrollo desigual de las experiencias colectivas en asuntos de tecnología y moral, por el otro revela la preocupante emergencia de “biomercados” y de incipientes disputas comerciales acerca de la “propiedad” del material

genético. El capitalismo ya reclama, en sentido estricto, su “libra de carne”. Toda esta alquimia genética expone una transformación de estatuto en la ciencia: del juramento “prometeico” al “faústico”. En un caso se ‘robaban’ saberes a fin de mejorar moralmente -y no solo técnicamente- a la humanidad; en el otro se actúa a la manera del aprendiz de brujo, dejando escapar de la botella a genios que nadie sabe si podrán ser controlados. “Si puede hacerse, se hace”: tal es la consigna de grupos de personas dotadas de conocimientos técnicos muy sofisticados pero de reservas morales, religiosas y culturales pobríssimas.

## **Cinco**

Al fin y al cabo, quizás estamos asistiendo al declive final de los proyectos colectivos de índole existencialista. La meditación moral sobre la técnica sólo puede abrirse espacio en un mundo que considere que la ‘interioridad’, el cuidado del alma, el cultivo ilustrado, la forja de la conciencia, el ideal del ‘conócete a ti mismo’, sean vigorizadores y dignificantes de la idea colectiva de humanidad. Pero difícilmente en un mundo en donde cada individuo prefiere sostener su vida cotidiana a base de píldoras, implantes y emparches faciales.